

·PRÓLOGO·

El vaso se estrelló contra el cuadro, el líquido ambarino se deslizó sobre el rostro de la imagen femenina de la pintura, deformándolo, como si de un mal presagio se tratara.

Carol se encogió sobre sí misma al oír el impacto del vidrio contra el suelo. Su marido la fulminó con la mirada. Acababa de regresar de su último viaje y presentaba un estado deplorable. Si mal estaba cuando se había marchado, quince días después daba la impresión de haber estado en un basurero. Los ojos inyectados en sangre, el rostro sin afeitar y el temblor de sus manos indicaban que había estado bebiendo sin medida, algo que ya no se molestaba en ocultar delante de ella.

Nada más entrar en la casa había ido derecho a la botella, de la que se había servido una ración generosa. Ni siquiera había preguntado por su hija que, por fortuna, permanecía dormida en la habitación de al lado.

—¿Eres tan tonta que no puedes apuntar bien un mensaje?
—Balbuceó furioso.

Lo miró con temor y le contestó con la esperanza de que no siguiera por el camino de los gritos y las acusaciones.

—Todo lo que me dijo fue que te volvería a llamar. —Intentó defenderse—. No dijo quien era.

—¿Y para qué está el identificador de llamadas? ¡No te enteras de nada!

—Llamó con número oculto. —Suspiró con resignación. Ya veía que no se apaciguaría. Quería guerra y cualquier cosa que ella dijera solo serviría para aumentar su ira.

Se dirigió hacia ella tambaleante. Sus palabras brotaban, ininteligibles, de una boca trabada por el alcohol. Apenas conseguía mantenerse en pie, sin embargo, ella se sentía amenazada. Se acurrucó un poco más, como si de esa manera lograra evitar el aluvión de recriminaciones que se le venía encima. Él se detuvo muy cerca del sofá y la señaló con el dedo.

—Eres una inútil. No sé por qué me casé contigo.

Ella se había hecho esa misma pregunta miles de veces. Cuando aceptó casarse con él no podía ni imaginarse que tras el atractivo y alegre compañero de trabajo se escondía un ser egocéntrico y manipulador. Estaba segura de que nadie de su círculo sospechaba su personalidad agresiva, incluso cruel.

—Tenía que haber dejado que te apañaras sola con tu problema. —Continuó.

—Sara no es un problema y si me casé contigo fue porque quería tener una familia normal.

Siempre volvían a esa discusión. Él la acusaba de utilizarle cuando en realidad lo único que quería era vivir dentro de un círculo familiar cariñoso. Un padre y una madre para su hija.

—Menuda normalidad. Mi mujer, enamorada de otro, mi hija, no es mía. ¿Dónde queda la normalidad?

—Nunca te engañé. Supiste la verdad desde el principio. —Se defendió. Desde el primer momento había sido clara respecto a su estado. Había reflexionado tanto sobre el tema, que había llegado a la conclusión de que esa información fue, precisamente, la que él había usado para conseguir lo que quería: casarse con ella. Quería su trofeo a cualquier precio y para ello había usado como ventaja la oferta de la vida que ella anhelaba.

—Prometiste serme fiel. —Sonaba a acusación. Otra a la que también estaba acostumbrada: su supuesta infidelidad.

Qué irónico. Sonrió de medio lado, ella sabía de buena tinta que estaba viendo a escondidas a una de las recepcionistas.

Él apreció la sonrisa y se puso más nervioso.

—¿Te estás riendo de mí?

Su cabeza se cernió sobre la de ella. La furia desfiguraba un rostro, por lo general, atractivo.

—No. Claro que no. —Procuró tranquilizarlo con un tono de calma que no poseía—. Es que lo que dices es ridículo.

—¿Ridículo? —Gritó—. Solo piensas en él. Te importo una mierda. Ni siquiera sabías que volvía hoy.

Saltaba de un tema a otro sin utilizar la lógica. Cuando se emborrachaba le escupía a la cara todos sus traumas y dudas. Tenía por costumbre usarla como saco de boxeo verbal.

—¿Cómo voy a saberlo si no me lo dices? —Se defendió con timidez.

Contradecirle o rebatirle suponía un riesgo mayor para ella, pero ya no podía más. Cerró los ojos e intentó que su corazón latiera más despacio.

Seguía sentada en la esquina del sofá, completamente a merced de su ira y del alcohol que inundaba sus venas. Nunca lo había visto tan mal, ni tan violento. Tenía miedo.

—Tu obligación es saber cuándo va a volver tu marido. —Insistió.

—Tú ya no te comportas como tal. —Le replicó—. ¿Es que no estaba tu amiguita disponible?

Tenía que haberse mordido la lengua en vez de mostrarle la evidencia de que conocía su aventura con otra mujer. Sentirse descubierto sirvió para que perdiera los estribos. Levantó la mano con la intención de propinarle una bofetada pero ella fue más rápida. Su instinto de supervivencia le sirvió para saltar hacia un lado y provocar que él cayera de bruces sobre el sofá. Estaba tan cargado de *whisky* que no pudo volver a ponerse en pie. Ella lo miró durante unos segundos y se dirigió a su habitación. Recogió unas cuantas cosas a toda prisa, sobre todo las que su hija podría necesitar; cogió a la niña, la envolvió en una manta y la acurrucó en su carrito. Le oyó rezongar y maldecir durante algunos minutos más, después solo se oyeron ronquidos. Con cuidado para no despertarlo, cosa bastante improbable debido a todo lo que había ingerido, salió de la casa. Echó un último vistazo antes de entrar en el taxi.

—Vete al infierno James Mayer.

·CAPÍTULO 1·

Mark avanzaba a grandes zancadas por Rock Creek Park. El inmenso parque constituía uno de los lugares favoritos de muchos aficionados al *running* y él tenía la inmensa suerte de vivir justo enfrente. Cuando se trasladó a vivir a Washington, hacía ya muchos años de eso, no imaginaba que iba a encontrar un sitio tan adecuado para instalarse. Atravesó el pequeño puente que cruzaba sobre un alegre arroyo y giró en busca de la salida. Para un hombre de su envergadura, próximo al metro noventa de altura y unos ochenta y cinco kilos de peso, se movía con una coordinación perfecta. El sudor resbalaba por su rostro y mojaba la camiseta. Corría como si cientos de demonios le persiguieran. En realidad, así ocurría. Había tenido un día horrible en el periódico y correr le servía para deshacerse de todo lo que le molestaba. Esquivó a una pareja que venía de frente haciéndose carantoñas y aceleró el paso. Los tortolitos habían conseguido recordarle que seguía solo. Aunque había dejado a un lado su trabajo para la CIA, que le había impedido durante años tener una pareja estable, no había conseguido encontrar a su media naranja. Tal vez fuese demasiado tarde, ya que a esas alturas de su vida se encontraba muy cómodo con su situación. Hacía lo que le venía en gana, sin dar explicaciones. Nadie, salvo sus padres, se preocupaba por su seguridad, dónde estaba o qué hacía. Se cruzó con dos chicas jóvenes que se volvieron a mirarlo embobadas. Era consciente de que resultaba atractivo para el género femenino, pero no le preocupaba mucho la reacción que despertaba en las mujeres.

A pesar de que la tarde empezaba a caer todavía quedaba mucha gente por la calle. Hacía buena temperatura y no apetecía encerrarse en casa cuando los últimos y cálidos rayos de sol y el aire puro constituían la alternativa. Aunque todo eso, a él, le resultaba indiferente; solo quería correr, agotarse y caer exhausto en la cama para poder dormir. Detuvo sus pasos al llegar junto a la boca de metro. A partir de ahí, tendría que caminar.

Cruzó en dirección al edificio donde se encontraba su apartamento, una construcción de cuatro alturas con la fachada pintada de color granate, muy acorde con el entorno. Las mesas de la terraza situada en la pizzería colindante estaban vacías, en espera de que se hiciera la hora de la cena. Se trataba de un lugar concurrido que daba vida al vecindario. Sacó una llave del pequeño bolsillo de su pantalón de deporte y accedió al portal.

Cuando salió del ascensor, su respiración aún estaba agitada y su ritmo cardiaco seguía más alto de lo normal. La figura que se recortaba sobre el ventanal del fondo y que sin ninguna duda le esperaba, no contribuyó a que su pulso se normalizase.

—¡Kate! ¿Qué haces aquí? ¿Te encuentras bien?

Una mujer muy embarazada se acercó a él con semblante risueño.

—Claro que me encuentro bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque no es normal que aparezcas en mi casa a estas horas y sola. No deberías ir dando tumbos por la ciudad en tu estado.

Mientras hablaba, abrió la puerta y le dejó espacio, mucho, para que pasara.

—No sé por qué no voy a poder ir donde me plazca por el simple hecho de estar embarazada.

Él no respondió. Se sabía sus argumentos de memoria después de haberlos oído muchas veces en los últimos días, concretamente, cada vez que le decía que se quedara sentada en su escritorio.

—¿Sabe Sinclair que estás aquí? —Su amigo y esposo de Kate, se había vuelto un tanto puntilloso en todo lo que se refería a su mujer desde que se había enterado de que esperaba un hijo. Su boca se torció en una sonrisa sardónica al recordarlo.

—No estaba en casa cuando me he marchado, así que le he mandado un mensaje diciéndole que iba a salir. Se ha convertido en una gallina clueca. —Se quejó—. No me deja ni a sol ni a sombra.

—Hace bien. Eres demasiado peligrosa para ti misma.

Ella soltó una carcajada al escucharlo. Recordó cuando la

acusaba de todo lo contrario. En el pasado, Kate había llegado a ser demasiado precavida y miedosa.

—No decías lo mismo hace unos años. —Le replicó.

Él puso los ojos en blanco. No había nada que hacer.

—Kate, cariño, existe el término medio. —Se inclinó hacia ella—. Si solo te mostraras un poco razonable, nos evitarías a David o a mí un infarto.

Ella caminó por la habitación hasta dejarse caer en su sillón preferido. La casa de Mark reflejaba su personalidad a la perfección. Tanto la decoración como su dueño resultaban austeros y prácticos. Sin artificios. Lo único que Mark le había escondido muy bien durante años fue su empleo de espía, como a ella le gustaba llamarlo para fastidiarle.

—Sois unos exagerados. —Sentenció.

Mark seguía parado en mitad del salón calibrando qué hacer. Su figura resultaba imponente con la luz que entraba por los ventanales situados a su espalda. El pelo rubio, reflejaba el tono amarillento del sol y suavizaba un poco sus rasgos duros y su mirada acerada. La estaba poniendo nerviosa.

—¿Por qué no vas a ducharte? —Sugirió—. Yo te esperaré aquí. Tengo que hablar contigo de algo importante.

Vio que la miraba con aire especulativo, como si no se fiara. Después, asintió y desapareció en su habitación.

Kate soltó el aire que había contenido. Estiró las piernas y se dispuso a esperar. Su mente planificaba la manera más idónea de plantearle lo que le quería pedir. Lo mejor sería apelar a su buen corazón. Aunque en apariencia podía mostrarse como un hombre duro, ella sabía que no lo era, así que tendría que tocar esa fibra para conseguir lo que quería. No se trataba de ningún capricho. Había una persona, muy querida para ella, necesitada de su ayuda.

Intrigado por la visita inesperada de Kate, se duchó y vistió con rapidez y salió a su encuentro. La encontró sentada en el sillón que había junto a la ventana, de hecho, daba la impresión de estar dormida.

—¿Kate? —Se acercó a ella para comprobarlo.

Ella abrió los ojos y le miró divertida al advertir su tono preocupado.

—Disculpa que me haya puesto cómoda. Ha sido un día agotador. No sé si sabes que tengo un jefe muy exigente.

—Si no te empeñaras en patear las calles en busca de noticias, mi vida sería más fácil. —Se quejó.

Ella hizo una mueca de fastidio.

—Como David y tú sigáis en plan protector, me voy a ir fuera hasta que nazca el niño.

—Reconozco que nos pasamos un poco —admitió con una sonrisa cariñosa.

Kate hizo una mueca irónica y no respondió. Quería a aquellos dos hombres, cada uno a su manera y tenía la certeza de que ellos la protegerían con sus vidas.

Ahora le tocaba agarrar al toro por los cuernos y cumplir con la misión que le había llevado hasta allí.

—Mark... —Titubeó.

El aludido supo que habían cambiado el registro de la conversación. Iba a conocer el motivo de su visita y parecía bastante serio.

—Venga. —La animó—. Suéltalo de una vez.

Ella tomó aire y lo expulsó de golpe.

—Necesito que me hagas un favor.

—Eso está hecho —dijo sin pensar más.

—Es un favor muy gordo. —Insistió.

—Mientras no tenga que pelearme con tu marido, todo irá bien. —Decidió tomarlo a broma.

Tenía que decirlo. No podía quedarse allí para toda la eternidad.

—Verás, ¿tú podrías contratar a una colega de Los Ángeles aquí, en el periódico?

Mark se echó para atrás en el sofá a la vez que la insólita petición llegaba a su cerebro. Pensó durante unos segundos y respondió.

—No necesitamos más periodistas. Estamos al completo.

Ella se levantó con dificultad. Esquivó la mesa baja, situada

frente al enorme sofá y caminó arriba y abajo ante la atenta mirada de su jefe.

—Es una situación perentoria. Ha tenido que salir de su casa con la ropa que llevaba puesta y poco más —explicó—. Su hija y ella necesitan un hogar. Me ha pedido ayuda. Yo no puedo hacer nada y a ti te costaría tan poco...

A pesar de ser un duro ex agente de la CIA, en el fondo, Mark era un buenazo. La había salvado a ella y le había dado una oportunidad a un David harto de viajes y de jugarse la vida como corresponsal de guerra. A veces bromeaba diciendo que en vez de un periódico, tenía una ONG.

—Kate, la cosa está muy mal. Contratar a una persona supone mucho dinero y no estamos para derrochar. Podemos buscar en otros diarios de la ciudad.

Kate sintió pánico. Veía que, a pesar de su buen corazón, Mark no iba a ayudarla. Pensó con rapidez. Tenía que encontrar una solución antes de que le diera el no definitivo.

—Puedes contratarla para que me sustituya cuando yo tenga al bebé. Tienes que buscar a alguien ¿no?

No tuvo más remedio que aceptar ese hecho.

—Sí, pero aún faltan dos meses.

Ella movió la cabeza en un gesto negativo.

—No puede esperar tanto. Viene de camino. Se van a quedar en mi casa unos días. Tenemos que hacer algo.

Tenemos, se dijo Mark. Por lo visto el problema de la conocida de Kate se había convertido en el suyo por arte de magia.

—¿No tiene familia que pueda ayudarla?

—No. Carol es huérfana. Creció en casas de acogida. Su única familia son su hija y su marido, y ha salido de Los Ángeles, precisamente huyendo de él —le explicó—. No puedo dejarla en la estacada, ella se portó conmigo como una hermana cuando yo tuve problemas.

Carol. Ese nombre trajo a Mark recuerdos que creía dormidos. Como si fueran fognazos recordó a una mujer rubia y preciosa. Cálida y apasionada. Su mente se llenó de imágenes de una noche memorable. No podía ser.

—¿La misma Carol que estuvo en tu boda? —preguntó con aprensión. Con suerte, no se trataría de la misma persona.

¡Claro! Kate lo había olvidado. Mark conocía a Carol porque ella misma les había presentado. A lo mejor todavía podía hacer algo.

—¡Exacto! Tienes que acordarte de ella. Alta, rubia, muy guapa. —La describió con cariño.

Mark se pasó la mano por la cara con gesto confuso. La recordaba. Por supuesto que la recordaba. Hasta podía sentir de nuevo la suavidad de su piel.

Su mente voló al día de la boda de Kate y David. Una mujer rubia había llamado su atención. Estaba cerca de ella cuando la novia le interceptó y lo arrastró prácticamente hasta la chica. Se la presentó como alguien muy querido y le encargó que no la dejara sola porque no conocía a nadie en la ciudad. Él cumplió su deseo al pie de la letra. Hablaron, bailaron, bebieron, volvieron a hablar y él se ofreció a acompañarla al hotel.

Dos adultos que se atraían de manera poderosa, que tenían muchas cosas en común, que se sentían cómodos uno junto a otro, no podían terminar de otra manera. Tal vez las circunstancias les empujaron, ambos se sentían solos y melancólicos aquella noche y podían calmar sus inseguridades mutuamente. Quizá hubiera sido la cercanía y la confianza que habían adquirido durante esas horas. Podría buscar mil excusas, lo cierto era que se había establecido entre ellos una fuerte conexión, se atraían magnéticamente. Cuando se dieron cuenta habían dado el paso definitivo, estaban juntos, enredados más bien, sobre la cama de Carol y no tenían nada de qué arrepentirse ni a nadie a quien dar explicaciones. Solo ellos. Fue una noche inolvidable. Por la mañana, a la luz del día, se dieron un beso de despedida, sin reproches ni resentimiento. Con un sabor agrídulce, cada uno siguió su camino. Y ahora, dos años después, se veía abocado a contratarla porque su situación se había vuelto precaria y delicada.

—Me has dicho que ha dejado a su marido. No me pareció que estuviera casada cuando nos presentaste.

—En aquella época no lo estaba. —Le aclaró quitándole un peso de encima—. Se casó poco después con un compañero de trabajo. Tienen una niña pequeña.

Él asintió preguntándose qué podía llevar a alguien a salir corriendo de casa con un bebé y atravesar el país.

—¿Y por qué dices que ha salido huyendo de él? —Quería averiguar el motivo de su huida y Kate no tardó en explicárselo.

—Su marido empezó a beber poco después de casarse. Tal vez ya lo hacía antes, sin embargo nadie se había dado cuenta. Es un hombre encantador y guapo. Como te he comentado, Carol no tiene familia y su mayor deseo siempre ha sido formar una. Cuando me dijo que se casaba, me sorprendió y me alegró a partes iguales. —Movi6 la cabeza con pesar—. Es evidente que no lo ha conseguido. Por lo que me comentó ayer cuando me llamó, James se ha vuelto violento y ya no aguanta más. No quiere que su hija viva en ese ambiente de peleas y amenazas.

Él sintió como la sangre rugía en sus venas por la indignación. No entendía por qué algunos hombres solo se hacían valer aprovechando su fuerza física. Le daban asco. Pensar que Carol había vivido con uno le removía las entrañas.

—Pero puede denunciarla por llevarse a su hija. —Apuntó.

—No cree que lo haga. No puede ver a la niña. Dice que lo único que ha conseguido es separarlos.

Valiente imbécil descerebrado y egoísta. ¿Cómo podía culpar a un ser inocente? Carol había hecho bien en abandonarle y poner tierra de por medio.

—Está bien —dijo sin darse cuenta de lo que hacía—. En cuanto llegue a Washington, que venga a verme — Y que sea lo que Dios quiera se dijo, porque estaba seguro de que esa decisión podía salirle muy cara.

Kate soltó un grito de alegría y se colgó de su cuello.

—Gracias. —Le besó en la mejilla—. Muchas gracias. No te arrepentirás.

—Eso espero —respondió con todo el recelo del mundo. No tenía mucha confianza en que aquello fuera cierto.